



# La libertad se esculpe

Javier Darío Restrepo

**M**e preguntas sobre la libertad de prensa en América Latina y, como si hubieras hundido la tecla de retroceso, comienzan a aparecer las imágenes de colegas de El Universo, en Guayaquil, en un taller en el que fue inevitable hablar sobre las presiones que los cercan: las de afuera y las que han acumulado en su interior; emergen, luego, los de Bolivia, reunidos en una gran sala en el centro de La Paz: el gobierno les juega a dos bandas: la del rechazo de un periodismo racista y, por debajo de la mesa, las tentativas de control sobre los medios. Me haces recordar a los colegas de Venezuela a quienes en varias ocasiones he visto plantearse la necesidad de un periodismo universal, capaz de entregar informaciones útiles para todos: los de uno y otro de los lados que dividen a sus compatriotas.

Más abundantes me llegan las imágenes de los colegas colombianos que ponen sobre la mesa un cuestionario alrededor del tema: ¿de qué libertad hablamos cuando el salario es de hambre? ¿Significa algo la retórica sobre la libertad para el periodista a quien le respiran en la nuca los que lo amenazan? ¿Y qué tal la libertad de información en una redacción en la que el editor o el director imponen su versión de los hechos, porque contradecirla es poner en riesgo el puesto de trabajo, difícilmente conseguido?

Repaso estas y muchas otras expresiones nacidas del choque entre el ideal de la libertad y la dura realidad del ejercicio diario del periodismo. De muy poco sirven como respuesta o inspiración las interminables monsergas sobre el artículo 20 de la Constitución, o sobre las correspondientes en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, o las inteligentes y eruditas explicaciones sobre la relación esencial entre democracia y libertad de expresión e información. Son discursos que se repiten los 3 de mayo, día de la libertad de prensa, con un desgaste creciente porque cada vez es más claro que el poder, sea político, militar, económico, cultural o religioso, siempre verá la libertad del ciudadano periodista como un obstáculo, o como un poder paralelo, o como un test de difícil respuesta.

Ofuscado ante ese panorama de abusos contra la libertad, alguna vez dije que lo absurdo sería que al periodista le sirvieran la libertad en bandeja de plata. Después pensé que algunas veces, muy pocas, la ofuscación es madre de buenos pensamientos.

Porque, es cierto, la libertad no puede ser un don, debe ser una conquista; no está en su naturaleza que alguien la envuelva en papel de seda y la entregue con un moño de regalo. Ni siquiera los gobernantes, ni los legisladores que promulgan leyes sobre la libertad, ni los constituyentes del artículo 20, porque la libertad no se recibe, ni se da, se crea en el interior de cada persona. Acabo de leerlo en esos conmove-



Después de un tsunami, Japón, foto: Damir Sagolj, fuente: Reuters

dores documentos escritos por Mandela en la prisión: “Las armas espirituales convierten en hombres libres a los presos. En mi mente soy tan libre como un halcón”.

Son expresiones que están lejos de la retórica y que tienen toda la credibilidad y peso moral de lo que se ha extraído de la realidad. Disecciono el texto de Mandela y encuentro que la libertad es, ante todo, un arma del espíritu; tal vez esa es la razón por la que las metáforas, los símbolos, el discurso retórico son las maneras más frecuentes de acercarse a ella. A la libertad no la ves, ni la tocas, pero sientes que está o no está ahí. El periodista sabe que es su medio ambiente, un elemento tan necesario para su espíritu, como son para su cuerpo el agua, la luz o el aire. Pensar en un periodismo sin libertad es tan absurdo como imaginar un cirujano ciego o con el mal de Parkinson.

El prisionero de Robben Island, recluido en su diminuta celda, afirma sin embargo que es libre, y esa es una realidad que no pueden impedir ni los guardianes, ni los cerrojos y candados, ni los barrotes de la celda, porque la libertad es construcción

propia que se levanta en el interior de cada uno. Algún respetado profesor quiso verla como parte de la herencia genética de los humanos, porque seguramente quería decir que todo hombre nace con esa vocación y que en toda la creación es el único que tiene ese encargo. Los demás seres, sea el sol, o el mar, o las hormigas, o las águilas y los halcones, todos ellos son seres predeterminados que obedecen a su ciego destino. El hombre, en cambio, desde su nacimiento lleva el agobio de ser a la vez determinado e indeterminado, porque puede elegir la inercia de lo que ha sido predeterminado, o el riesgo de romper el azar y el destino para esculpir, por su cuenta, su propia historia.

Vista así, la libertad del periodista para expresarse, o para informar, depende primordialmente de él. Puesto que su trabajo comienza y se perfecciona en su mente, donde él es señor y dueño, hasta allí no tiene acceso censor alguno, salvo que él le abra la puerta, mal aconsejado por el miedo o por alguna de las alienantes avidedes que empuñan a los humanos.



Los predadores de la libertad han obtenido el mayor de sus triunfos al hacer creer a los periodistas que son ellos, los poderosos, quienes puedan dar, recortar o quitar la libertad. La libertad no es una cosa, ni un símbolo, ni una ley; es una realidad que crece todos los días, o que se disminuye como una luz menguante, en el ejercicio periodístico. Reporteros que en cada jornada emprenden la tarea de encontrar y compartir la verdad de lo que sucede; periodistas que le dicen no al soborno y que no permiten que el miedo, o sus intereses, y no la realidad, les dicten la versión de la historia que deben contar, esculpen la libertad con sus propias herramientas.

Sin embargo, contar la historia de cada día a pesar de todo y como propósito absorbente de la vida, eso no lo es todo. El periodista sabe que debe esculpir su libertad para cumplir su tarea de testigo, pero este es solo el comienzo. Esa verdad de lo que sucede, ese acceso de sus lectores a la realidad de los hechos, es la materia prima con que amasa sus decisiones el ciudadano que se informa. El ser humano es tanto más libre si sus decisiones se apoyan en un conocimiento sólido y completo. Y ese conocimiento lo provee el periodista. Es su forma de crear libertad, con su propia libertad. El periodista, por tanto, al entregar una información de calidad a sus lectores los habilita para decidir y, decidiendo, ellos fortalecen su libertad.

Repaso esas imágenes de colegas que se sienten en peligro cuando algún poderoso restringe u obstaculiza su tarea de informar, y no puedo menos que admirar la intuición que los mueve, porque no solo defienden su trabajo, saben además que, al defender su propia libertad profesional, están preservando la libertad de la sociedad.

Ellos conocen muy bien la diferencia entre una sociedad informada y la que sólo dispone de una mediocre o mala información. Esta es manipulable y resulta movida, como una marioneta, por los que manejan la información a su capricho; mientras tanto, la otra con sus ojos abiertos sobre la realidad y la posibilidad de escoger su propio camino, es una sociedad en libertad.

La historia de hoy en América Latina muestra, como si fuera una ley inmodificable, que cuando alguien concentra todo el poder en sus manos y se dispone a retenerlo, se le crea la necesidad de controlar la información y de combatir como a enemigos a cuantos tienen como deber el de proporcionar información libre a la ciudadanía.

La libertad, en efecto, no es para uno mismo, ni se agota con la autonomía que proporciona. La libertad se esculpe a solas, en el interior de cada uno, pero en el caso del periodista aparece a la vista de todos, en cuanto escribe o dice porque el periodista es libre para los demás.

Por eso la libertad del periodista, que está al servicio de la libertad de la sociedad, es la libertad de todos; y esculpirla en ese ejercicio diario de la profesión es, en últimas, defender e incrementar un bien que es de todos.

Javier Darío Restrepo es periodista, experto en ética periodística, catedrático y conferencista de reconocida trayectoria en el país y en América Latina. Ha sido columnista en *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Colombiano* y *El Heraldo*. Ha recibido numerosos reconocimientos: el Premio Nacional del Círculo de Periodistas de Bogotá, el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar y el Premio Nacional de Cultura por Reconocimiento Universidad de Antioquia, entre otros. Es autor, entre más de veinte títulos, de: *El zumbido y el moscardón*, *Edad de sangre*, *Estoy vivo y libre*, *Ética para periodistas* (en autoría con María Teresa Herrán) y *La niebla y la brújula*.